HERALDO DE MURCIA

Año II.—Número 274 | Murcia 8 de Febrero de 1899 | Dos ediciones diarias

EL ARTICULO DE CASTELAR

«El Liberal» llegado hoy publica el artículo de Castelar titulado «Los Programas de Silvela y Polavieja» del que tanto se ha hablado y que tan esperado era por la opinion.

Poco más ó menos dice así el señor Castelar:

«El asunto más importante en esta primera quincena de año ha sido el discurso de Silvela, formulando un programa que sirva de norma á su partido.

Todo buen partido conservador necesita huir de las reformas demasiado progresivas, como igualmente de las demasiado retrógradas que pueden traer una violenta reaccion.

Discuto á Silvela y á Polavieja como enemigos políticos solamente. Dios me libre de todo propósito de ofenderlos personalmente.

Hace treinta días próximamente pronunció Silvela un discurso-programa en el Círculo de la Union Conservadora, y hace veinte ha rectificado sus principales asertos.

Hoy puede decirse que todas las tendencias de Silvela se reducen á dos: el ultramontanismo y el regionalismo.

El ultramontanismo está enterrado ya: para convencerse de la muerte de este gran error, incompatible con el espíritu de los tiempos, basta con tener presente que los que le defienden son los que están empeñados en destruir nuestras Universidades históricas, sustituyéndolas con las Universidades eclesiásticas, donde se enseña algo más odioso que la monarquia, y es la teocracia.

Silvela es ultramontano, y amén de esto, ultramontano regionalista, como lo demuestra la rectificacion que ha hecho de su discurso, prometiendo un gobierno propio á Vizcaya y Cataluña, privilegio de fatales consecuencias, pues este gobierno lo reclamarían en seguida las demás regiones de España, obligándonos á una reconquista formidable.

El discurso-programa de Silvela huele á pólvora de barricada, porque se lo ha sugerido, no un espíritu de conservacion sano y bueno, sino uno insano y violento, un verdadero espíritu de reaccion, su menosprecio á la democracia, su odio á las concentraciones democráticas, su errónea creencia de que las fuerzas populares propenden á favor de D. Carlos, su empeño en ingerir el Vaticano dentro de nuestra política civil, con propósitos que van enderezados á destruir la enseñanza laica, sustituyendo las universidades del Estado con universidades establecidas en los conventos.

¿Es conservador el programa de Silvela? Todo lo contrario.

Así como en la naturaleza cada ser engendra un ser semejante, en la vida de la sociedad cada ser engendra lo que le es más opuesto.

El exceso de la reaccion religiosa rapresentada por madame Du Barry engendró la revolucion francesa; los excesos de ésta engendraron el imperio; los excesos reaccionarios en el reinado de Isabel II, trajeron la revolucion del 68, y los excesos demagógicos de ésta, trajeron la restauracion borbónica.

No dejará ahora de cumplirse esta ley social confirmada por la historia.

Lo más culminante de su discurso son los anatemas sobre el jurado, lanzados con el ánimo de malherir los derechos individuales, así como tambien la soberania nacional.

Todos sus proyectos para el porvenir, tan encarecidos por sus partidarios, consisten en aumentar las contribuciones indirectas, porque estas pesan principalmente sobre las muchedumbres de las ciudades; y el análisis quirúrgico que hace de los actuales comicios no es más que con la dañada intencion de abolir el sufragio universal.

Esa resurreccion que proyecta de los antiguos gremios, corporaciones propias de la Edad Media, unida con el retroceso teocrático y con el restablecimiento de la vieja region feudal, hacen de ese Silvela, tan mal avenido con las leyes modernas, un revolucionario en sentido retrógado, mientras los republicanos, mejor avenidos con la presente legalidad liberal, resultan los conservadores verdaderos, que pueden inspirar confianza al país.

Necesítase estar ciego para no ver cómo el discurso de Silvela en el Círculo Conservador ha favorecido lo mismo las esperanzas teocráticas que las esperanzas revolucionarias.

Reconozco que Silvela es hombre de claro ingenio, pero que huele y trasciende á ingenio de doctrinario francés, de un carácter más parisién que madrileño, con fáciles disposiciones para la asimilación de las ideas ajenas, y con tales creencias, que más es conservador por nombre que por norma.

Es rico en programas, pero pobre con toda pobreza en punto á sentir una fé viva.

Voluble por temperamento, cambia con facilidad, como lo demuestra el hecho de que ayer prometía oponerse al impuesto sobre la renta y hoy lo ha colocado entre los cánones de su credo político.

Fáltale aquella cualidad de que más necesita el estadista conservador para procurar una verdadera estabilidad á su programa; fáltale la consistencia; en cambio le sobra la perfidia personal en todo lo político.

Buscadle como conservador y lo encontraréis unido con la revolucion por modo indirecto: buscadle como doctrinario y lo encontraréis poseedor de grandes sofismas, expuestos con alguna gracia, pero sin doctrina de ningún género.

Si la tuviera no iría desde un sabio eclecticismo como el de Pacheco y Rios Rosas á un desaforado ultramontanismo como el de Balmes y Donoso Cortés.

No iría desde la vieja descentralizacion hasta la imitacion de los cantones helvéticos: no iría desde las instituciones que son naturales de la raza latina, hasta el régimen municipal y provincial británicos, dividiendo las regiones en administrables por sí mismas y no administrables, división que al establecer privilegios y excepciones que son imposibles de resucitar por su anacronismo, nos arrastrarían á las tempestades del caos.

Repito que persistiendo Silvela en estas ideas y queriendo llevar adelante su espíritu reaccionario, suscitaría antiguas revoluciones.

Dios le tenga de su mano.

La escuela ultramontana y neocatólica en España ha promovido tres guerras civiles. Y éstas han ensangrentado el suelo nacional mucho más que cuantas revoluciones han variado la faz de la Península.

Esta escuela tan fatal para España está dividida en tres partes. Un extremo, ó sea su derecha, transige con la dinastía reinante: su centro, que es el elemento más antiguo, proclama y defiende á D. Carlos, y otro extremo, que es la izquierda de la reaccion, detesta á la dinastía reinante por demasiado parlamentaria y á la dinastía legitimista por demasiado laica, manteniendo como principio capitalísimo la instauracion de la teocracia.

Pues bien; para satisfacer á las diversas camarillas religiosas que pululan en todas las esferas de la restauracion, Silvela y su partido se ven obligados á aceptar lo mismo lo que hay para ellos de asimilable y análogo en las escuelas ultramontanas que lo que hay en ellas de inadmisible y radicalmente contrario á la complexion, índole é historia del partido conservador.

Desde luego ha tenido que desechar á los ultramontanos devotos de Don Carlos, por ser opuestos á la dinastía imperante; pero ha admitido á cuantos ultramontanos reconocen la legitimidad dinástica de D. Alfonso XIII, y á los que no reconociendo su programa ninguna dinastía se amoldan unánimes con facilidad, impulsados por el deseo de reaccion.

Y para cohonestar con algún razonable motivo la justa repulsion que aún nos infunde el amalgamiento con otros, Silvela dice que inspira su política y su proceder en los consejos del Vaticano, palabra temeraria, regresión á lo pasado que agrava sus culpas: palabra que difunde un general escalofrío, predecesor de altísima fiebre revolucionaria en todos los partidos liberales, los cuales requieren la concentracion de todas sus huestes para emprender en breve una formidable campaña y marchar contra sus enemigos á un asalto de la maldita reaccion.

Pero es el caso, que algunas escuelas ultramontanas desconocen la jefatura de Silvela, de cuyo fervor católico no se fian, creyéndole un redomado enciclopedista con puntas y ribetes por su ingenio parisién de impenitente volteriano.

El jefe de los neocatólicos militantes debia pertenecer á la iglesia, y sin embargo pertenece al ejército, llamándose general Polavieja.

Polavieja se ha improvisado estadista y estadista popular, en virtud y por obra de circunstancias parecidas á las que improvisaron en Francia como político popular al general Boulanger cuando creyó una parte del pueblo que aquel general podría restañar la sangre que manaba Francia por sus heridas.

No sé porqué barajo siempre en mi memoria un apellido tan ilustre como el de Polavieja, con apellido tan ilustre como el del arzobispo Cascajares.

Esto de que los teólogos se metan á militares y los militares á teólogos, me recuerda aquella Rávena de los tiempos de Teodorico, donde los cómicos decían misa y los curas representaban comedias.

El sincero y honrado Polavieja sólo lleva tres años de político y hay que perdonarle sus inexpertos y excesivos programas. Favorablemente conocido por sus notables Memorias sobre administracion colonial, nadie le conocía ni le mentaba como político, hasta que comenzaron á fabricarle notoriedad las camarillas reaccionarias, en cuyo seno se ha criado como planta exótica de estufa.

Allí le instituyeron como salvador de España, y este salvador nuestro veló sus armas como los caballeros andantes.

Después ha dicho que se consagraba por un voto caballeresco á la política, pero sin políticos á su lado, lo cual me parece como si un médico recetase baños con especial encargo, á condicion de que no se mojara el entermo.

Cuatro ideas capitales sostiene Polavieja; la primera, la supremacia del Vaticano; la segunda, el restablecimiento de los gremios antiguos y regiones feudales; la tercera, el cambio en el modo de tributar presente y en el modo de percibir lo tributado, sustituyéndolos con arreglos y conciertos económicos entre las regiones y el gobierno, y la cuarta, la representacion nacional por clases.

Tal pócima le han compuesto á Polavieja sus amigos, y tal pócima se ha tomado Silvela, y con tal toma reventará de seguro.

Mas á pesar de haberse tragado la mixtura del general á cambio de dirigir el partido conservador, todavía no sabemos quien es el jefe de tan confusa agrupacion, si el militar ó el jurisconsulto.

Por alusiones indiscretas que soltó Silvela en su discurso, considera que no hay otra jefatura que la de su persona, y bajo esta jefatura ha entrado el general restringiendo su programa y amoldándolo á la tradicion conservadora.

Más, según cartas publicadas por Polavieja, él no es un verdadero conservador, sino un simplemente aliado de los conservadores.

Así, resulta de todo esto que el viejo partido conservador, cuyo principal título estaba en su historia, resulta un partido joven, remozado con programas extravagantes é innovaciones temerarias.

Para el arreglo económico tiene esta hidra cincuenta estómagos, y para el arreglo político tiene dos cabezas.

Con este organismo absurdo, bien pronto se verán aparecer varios partidos como en los organismos inferiores del mundo físico se ven corpúsculos que unidos forman un organismo, pero que inmediatamente se apartan, disgregándose.

Para terminar.

El programa conservador de Silvela y Polavieja encierra juntos el despotismo antiguo y la más triste anarquía contemporánea.

Ante él digamos como hablan los íntegros *Libera nos domine.*»

Entierro de la Sardina

Con motivo de los festejos que se preparan en esta capital para obsequiar á los huéspedes madrileños del orden botijil y á otros forasteros que han de visitarnos, no ha faltado quien lance al viento la idea de resucitar el tan alabado *Entierro de la Sardina*, fiesta esencialmente murciana, y acaso la mascarada más hermosa que han presenciado las generaciones.

¿Quién, que de buen murciano se precie, no se entusiasma con el pensamiento y el deseo de tan grata resurreccion? Solo espíritus trasnochados son los escasos enemigos que en Murcia tiene el *Entierro de la Sardina*, fiesta que jamás debió desaparecer, porque ella sola, en los tiempos actuales, hubiera bastado para traer á nuestra poblacion un contingente de forasteros, mayor que el que lleva á Madrid la popular fiesta de San Isidro.

Pero vengamos á cuentas. ¿Hay oportunidad ahora para la resurreccion de esa mascarada? ¿Podrá dar el resultado apetecido, conocida la premura del tiempo y necesidad de improvisar elementos costosísimos para el lucimiento de la fiesta?

Nos parece que aquello del refrán «cada cosa en su tiempo» no es una frase baladí sino una verdad que en todo se debe tener presente. El *Entierro de la Sardina* es puramente un acto de carnaval, con olor, color y sabor de una saturnal (aunque más culta que las romanas) propia de una época determinada en el año; y por lo tanto creemos que, fuera del carnaval, esa marcarada resulta impropia y sin el verdadero carácter do lo suyo.

Pero dado el caso de que se lleve á efecto fuera de su época natural, ¿han tenido presente los agitadores de la fiesta, cuántos y cuáles son los elementos que se necesitan para presentarla debidamente y á la altura de su antigua reputacion?

Si el objeto es exhibir algún carro mitológico, ciertos cuadros humorísticos, varias comparsas á la ligera, golpes de bengalas y músicas que amenícen la *procesion*, pobre, en verdad, habia de ser el resultado. Lo principal es y ha sido siempre multitud de carrozas monumentales, con derroches de lujo, con aparatos fantásticos, con profusion de buen gusto y de arte.

Ya se sabe que no habian de faltar gigantes y enanos, monos y perros, gatos y cisnes, en comparsas alegres ó en carros caprichosos. Pero ¿y las cabalgatas de mosqueteros, caballeros antíguos, y alegorías mas ó menos serias pero presentadas con riqueza y explendor?

Cierto que todo eso cabe en lo posible, si el dinero rueda en abundancia y la actividad de muchas personas se pone en juego. Sin embargo, no hay que negar que es sumamente difícil, porque no existen, como en otros tiempos, elementos utilizables de años anteriores que se traian á colacion tal y conforme existían ó con algunas modificaciones á lo sumo. Entonces los gastos eran menores y los resultados tal y como se deseaban.

Resucitar hoy el *Entierro*, es comprometerse y obligarse á presentarlo bien y con todo lo suyo, sin deficiencias ni pobrezas, porque de lo contrario, el ridículo ó el descrédito vendria á matar los grandes recuerdos que aun se conservan de aquella mascarada famosa que era un acto sorprendente de belleza.

De no ser ahora el *Entierro de la Sardina* igual ó mejor que el que dejó de verse hace veinte años, valdría más pensar en otras cosas de mayor facilidad y de menos complicaciones, pero de resultados ciertos y positivos, que no tirar el dinero para que luego nuestros visitantes sufrieran una decepcion, al encontrarse con espectáculos inferiores á los que su imaginacion pudiera haber concebido.

Un suscriptor.

Crimen en Lorca

Un guardia municipal muerto

En el barrio de San José de Lorca ocurrió en la noche del domingo una riña sangrienta, de la que resultó muerto un guardia municipal.

El hecho ocurrió en la forma siguiente:

En la taberna entendida por la de la Patiña, situada á orillas de la carretera de Murcia á Granada, á la salida del barrio de San José, se encontraban Juan Bautista Bruno (a) Prusiano, Patricio Reinaldo Sanchez y José Martinez Tudela.

Presentóse la pareja de orden público compuesta de los guardias Diego Tudela Carbonell y otro entendido por el Pablo, y al tratar de cachear á los antes citados con objeto de recogerles las armas que llevaran, el Juan Bautista Bruno (a) Prusiano, contestó que á él no lo registraba ningun guardia y uniendo la accion á la palabra sacó una pistola de dos cañones, disparando los dos tiros é hiriendo mortalmente al guardia Diego Tudela Carbonell, que al sentirse herido disparó tambien su pistola produciendo á su agresor una herida en el cuello declarada de pronóstico reservado.

Al sentir los disparos, todos se lanzaron á la calle corriendo, incluso los guardias, viniendo á caer muerto el infeliz Diego Tudela, junto á la tapia del fielato.

Allí se hallaba tendido, con el sable en la mano derecha, la pistola en la izquierda, los ojos desmesuradamente abiertos y la gorra enmedio de la carretera.

El agresor echó á correr hacia la poblacion, atravesando las calles gritando que le curaran; y temiendo el que la guardia municipal lo cogiera y pudiera castigarle por su crimen injustificado, se dirigió al cuartel de la guardia civil desde donde un pareja le condujo al hospital.

Sus compañeros fueron detenidos anteayer mañana, prestando declaracion.

El infeliz guardia, hacia muy poco que habia regresado de Cuba para venir á morir tan traidoramente.

El juzgado se presentó en el lugar del suceso, con la mayor presteza.

EPISODIO DE LA INSURRECCION CHILENA

8 de Febrero

Entre las fechas de tristes recuerdos que guarda la Historia de España, encuéntrase el 8 de Febrero de 1819, nunca recordada sin que la indignacion lleve á los labios palabras de reprobacion y de lástima, con motivo del hecho que en ella llevaron á efecto unas cuantas autoridades de la república Argentina, para deshonra suya y de la causa que defendian.—Parte de los prisioneros españoles que hicieron los insurrectos chilenos en la desgraciada batalla de Maypú, la última de verdadera importancia que libraron realistas é insurgentes en los campos de Chile, fueron conducidos á las prisiones que la república Argentina poseía en Punta de San Luis. Tan maltratados eran en su prision los desventurados españoles, en su mayoría militares de alta graduacion, por el gobernador de la plaza y por su segundo, llamados D. Vicente Dupuy y D. Bernardo Monteagudo respectivamente, de nacionalidad francesa aquel y criollo este, que los prisioneros acordaron intentar la evasion. Hicieron los preparativos necesarios para llevar á vias de hecho su plan el 8 de Febrero; más sus esfuerzos se vieron fracasados, por falta de armas y por no poder todos acudir al lugar que de antemano tenían señalado.—Las víctimas de tan desgraciada empresa fueron: el brigadier D. José Ordoñez; los coroneles D. Antonio Morgado y D. Joaquin Primo de Rivera; el intendente de ejército D. Miguel Benoeta; los tenientes coroneles Morla y Arias; los capitanes La Madrid, Carretero, Breton, Salvador, Gonzalez, Sierra y Ariola; el teniente Burguillo; los subtenenientes Vidaurrazaga, Riesco y Cabello; los soldados Moya y Perez, y diez paisanos, quienes perecieron, unos en la lucha librada al intentar la evasion, otros asesinados momentos después de aquella y los restantes fusilados al siguiente dia.

Hernando de Acevedo

(Prohibida la reproducción.)